

ha hecho Madrid. Madrid es mi patria. Yo he vivido en Madrid los mejores años de mi vida (si hemos de creer que sea la juventud la mejor); Madrid es único; creo que es la ciudad de más personalidad de Europa. Pequeño y con muchas calles intran-sitables de pavimento. Claro está que vengo de Londres, donde los ayunta-mientos son lo más serio de esta vieja Europa. En ese sentido, ni París pue-de compararse a Londres.

Pero hasta eso perdono a Madrid; estoy dispuesto a perdonarlo todo. ¡He gozado tanto con su luz, su gente, la cordialidad de los amigos, la vista de esas admirables siluetas de chicas, obre-ras sin sombrero, tan bien peinadas y calzadas y tan graciosas andando, que no estoy para pararme en criticar al Ayuntamiento! Madrid me ha en-cantado... Un poco me achica, me acobarda, esa profusión de cúpulas en las nuevas construcciones. Esa can-tidad de caballos que se precipitan desde las cúpulas monumentales. Me intranquiliza pasar por la antigua es-quina del Suizo; paso agachando la cabeza; pero me acostumbraré, me acostumbraré, y Madrid no tendrá un pero. Y del viejo Madrid, de su pai-saje, de sus puestas de sol, de su am-biente..., no he salido aún de mi admiración.

Me pregunta usted qué pienso hacer, si me pienso quedar; y a eso le contesto que sí, que lo deseo con toda mi alma, y a poco que pueda, lo haré. Yo no he sido nunca niño pro-digio (ya sería imposible), y además necesito mucho tiempo para saborear las cosas. Odio al viajero; aunque no me lo haya usted preguntado, se lo digo. Me gusta llegar a un sitio y formar parte de él y vivirlo con calma. Y como caiga en Madrid, será ya de-finitivamente. No quiero probar más.

Mire usted: cuando yo tenía diez y ocho años (no quiero decirle cuán-to hace aunque me lo pregunte), en Málaga, me decían: «Usted debe irse a Madrid; allí hay «más campo», allí se gana dinero con caricaturas». ¿A qué voy a contarle? A tres pesetas, Bagaría, y lo más a duro, se pagaban estas cosas. Luego, en Madrid, me dijeron: «París; ese es el sitio para usted». Tampoco, amigo, tampoco; pero allí me aconsejaron Londres. No por la salud; yo de salud siempre he estado bien, gracias. Por lo de las li-bras esterlinas que pagan los periód-icos... No lo pruebe usted; es muy arriesgado también.

Ahora, que Londres es tan fantás-tico, que se encuentra de todo, y yo he hecho todo lo imaginable: dibujos, retratos al óleo, con aceite y todo; tablas en madera... En fin: hasta he dado conferencias en español. ¿Qué más se puede pedir? Y hemos vivido

los siete, los niños y los padres, y he-mos llegado hasta Madrid de vuelta, y no estamos mal «presentados», después de todo. No me puedo quejar.

El otro día, un amigo, con quien hablaba en la calle de Alcalá, me decía: «Usted debía irse a América, a Nueva York...» «¡Hombre, por Dios, déjeme usted descansar del viaje! Acabo de llegar, y además—le dije—, ¿qué ocu-rriría si yo desflorase el mundo entero en esto de la caza por las pesetas o las libras o los dólares...? Quiero ya mo-rir con la ilusión de que si no muerdo es por no haber probado un últi-mo paraíso que el mundo tiene reser-vado a los caricaturistas. Porque per-diendo este encanto en este mundo, no nos quedaría más que el planeta Marte, y está demasiado lejos».

Voy a trabajar en Madrid, y si el paso de la frontera, que yo recomien-do, y atravesar el canal de la Mancha no me han servido para aprender algo, crea usted que no es mi culpa.

En inglés se dice cuando alguien sale a alguna empresa: «Be good; if you can't be good, be careful». O lo que es lo mismo: «Que seas bueno; y si no puedes ser bueno, ten cuidado».

\* \*

Trataré de ser buen dibujante, y si no lo consigo no será por falta de haber puesto todo mi interés en ello.

Y que Dios le guarde, amigo Baga-ría, y a todos.—F. Sancha».

\* \*

Querido Sancha: Después de leer su carta contestando a las preguntas que yo le hice, tengo que hacer un pequeño comentario.

Buena y optimista contestación.

¡Qué alegría produce hallar un cre-yente amigo de la grandeza de nuestra patria! ¡Quién pudiera conseguir este optimismo, amigo Sancha! Mas temo y (ojalá me equivoque) que, con el tiempo, cuando vuelva a anidar en este suelo, cambie de criterio; que no basten a su ambición el bello sol de nuestra tierra ni los pintorescos ciuda-danos que la habitan. Hay algo muy triste que vive debajo de lo pintoresco español: una acorazada insensibilidad que hace a los españoles sordos a todo interés de justicia. No quiero sacar a relucir ejemplos; todos, más o menos, los sabemos, y como unos se enredan en otros, correríamos el riesgo de ha-cer una lista interminable.

Usted me replicará que le interesa el carácter de nuestra raza. Confor-mes. ¿Pero usted cree, exquisito artis-ta, que no llegará un día en que se conmueva e indigne descubriendo a través de este carácter cierto embrute-ciento moral? Como hombre, sentirá el sonrojo, y quién sabe si sentirá haber abandonado Londres. ¡Ojalá llegue usted en una hora de ventura en que encaminemos nuestros pasos patrios por diferentes caminos de los andados hasta hoy!

Y perdone, Sancha, este pesimismo mío, tan amargo, al lado de su opti-mismo, tan risueño y que le reco-miendo conserve. El escéptico o el pesimista, no hace; en cambio, el otro es el que produce. Por tanto, ame usted mucho a nuestra tierra y tenga en ella mucha fe. Esta fe le hará pro-ducir con entusiasmo.

Sabe usted que tiene un viejo amigo que le quiere en

LUIS BAGARÍA

(La Voz, Madrid).

## Optimismo oficial

**T**RATANDO de la filosofía del cínico pesimista—aunque cínico y pesi-mista suele querer decir, en len-guaje corriente de sentido común, lo mismo—, Emilio Faguet, de la Academia Francesa y profesor en la Sorbona, escribía: «Esta filosofía des-encantada, muy aceptable, sin duda, y hasta útil en cuanto hace reflexio-nar sobre lo poco que valemos, un poco odiosa, sin embargo, porque es siempre la de las gentes que han sido demasiado dichosas, saludable todavía a este título porque muestra lo que se hacen estos dichosos según el siglo que tenemos a las veces la tontería de envidiar, sea lo que fuese, en suma, y de cualquier manera que se juzgue, no ha tenido representante más inge-nioso, más mordaz, más negro, más sombrío, y más brillante en cuanto a

la expresión de que se reviste, que el dichoso, adulado, pensionado, acari-ciado, celebrado y desdichado Nicolás Chamfort».

Que sean los que el siglo—«todo el mundo», o los del sentimiento común, parejo en lo moral al sentido común en lo intelectual—, los que el siglo llama dichosos, afortunados o felices, aquellos de quienes se cree que han lle-gado, los que den el contingente de los tenidos por pesimistas, es entera-mente natural. Y viene sucediendo desde Salomón, y aun desde antes. Como que toda la tan decantada sabi-duría de Salomón no es más que pesi-mismo. Y Salomón comparte la fama popular de sabio, aquí, en España, con un español, Séneca, que era, en rigor, otro pesimista. Y con Lepe, que no sabemos bien lo que fué.